

Gilhodes, Pierre, **Las luchas agrarias en Colombia**, Bogotá, Libros de Bolsillo de la Carreta, 1975, 90 pp.

Gran parte de la historia social latinoamericana es la historia del campo y de los campesinos. Pese a ello, sin embargo, el papel del campesinado, sus organizaciones y sus movimientos, sus luchas y sacrificios han sido hasta ahora subestimados y, muchas veces, dejados de lado en el análisis del proceso social. Así no es sorprendente que la literatura disponible sobre las clases, fuerzas y movimientos sociales, presente un vacío en lo que se refiere al estudio y análisis del mundo campesino, de su estructura interna, de su dinámica social, de sus relaciones con la sociedad global, de las formas particulares y específicas que asumen esas relaciones, de los efectos del proceso global de cambio sobre el mundo campesino y viceversa, etcétera.

En esa perspectiva, la historia del campesinado latinoamericano no ha sido escrita todavía. Los pocos intentos realizados, sobre todo en la década de 1960, significan en ese sentido un avance en la reconstrucción, aunque sea parcial y limitada, del mundo campesino y de sus relaciones con la totalidad social. En esa línea de trabajo se inscribe, precisamente, el libro del sociólogo francés Pierre Gilhodes **Las luchas agrarias en Colombia**.\*

Gilhodes, como indican los editores colombianos, a través de un

\* Publicado originalmente en el volumen organizado por Rodolfo Stavenhagen, **Agrarian Problems and Peasants Movements in Latin America**, New York, Poubleda y Anchor, 1970, 583 pp.

perceptivo esquema de las luchas campesinas en Colombia "... ha conseguido plasmar la dinámica que impulsa al campesino en su lucha por la tierra y paralelamente ha analizado los factores históricos que han contribuido a frenar la marcha revolucionaria en el campo colombiano".

El aporte de Gilhodes se desarrolla a lo largo de los cuatro capítulos que componen este pequeño pero sugestivo libro. Tras un breve esbozo histórico, donde el autor resume las características fundamentales del proceso social y su relación con el campesinado a lo largo del periodo colonial y del primer siglo de vida independiente, el sociólogo francés analiza las luchas campesinas en el siglo XX. Éstas pueden dividirse, en términos muy generales, en dos periodos: el que corresponde a la fase anterior a la violencia y el de la violencia misma. El primero cubre hasta la Segunda Guerra Mundial y se caracteriza por el proceso organizativo y de movilización por la tierra del campesinado. El segundo parte desde fines de la década de 1940 y se caracteriza, principalmente, por una combinación de guerra civil, acciones guerrilleras, bandidaje y simples matanzas no menos catastróficas a las que, por falta de un término mejor, se les conoce como **la violencia**.

Así la violencia no expresa otra cosa sino las inquietudes y las rebeliones rurales a gran escala. En otras palabras, representa lo que constituye probablemente la mayor movilización armada de campesinos (ya sea como guerrilleros, bandoleros o grupos de autodefensa) en la historia reciente del hemisferio occidental, con la posible excepción de determinados periodos de la revolución mexicana.<sup>1</sup>

En tanto que movimiento social, la violencia presenta dos grandes momentos. En el primero (1949-53) es un movimiento que no expresa, propiamente, la lucha del pobre contra el rico, del desposeído por más tierras. En cierto modo expresa un hambre por más tierra, pero sobre todo significa el profundo conflicto partidario de la sociedad colombiana:

Podría preferirse una explicación política para dar cuenta de su origen: la violencia rural vino fácilmente a causa de la estructura bipartidista del sistema político colombiano, caracterizado por la participación de multitudes desordenadas, a las cuales sería exagerado dar el nombre de partidos (p. 54).

Sea como fuere, sin embargo, estas multitudes "... formadas por campesinos que reaccionaron elementalmente", y se movían bajo la orientación de uno u otro de los partidos políticos, desarrollaron una guerra fratricida que en algunas regiones, como el sur de

<sup>1</sup> E. Hobsbawn, *Los rebeldes primitivos*, Madrid, Ariel, 1970, p. 226.

Tolima, por ejemplo, adquirieron características de tierra arrasada. Así:

Cada uno de estos grupos tenía su propia zona de dominio a la que atraía a los campesinos de la misma tendencia política, y vigilaba sus propios límites (y a veces expedía pasaportes para cruzarlos). Así se produjo el éxodo de poblaciones enteras que vieron sus tierras ocupadas, sus casas quemadas y sus cosechas —especialmente el café— confiscadas (p. 59).

Sin embargo la lucha no descansaba sobre las bases propiamente partidistas. En otras palabras, si bien la violencia parecía manifestarse como una confrontación del partido liberal y del conservador, sin embargo, su esencia era completamente distinta: “las luchas agrarias fueron el resultado de una ofensiva de parte de los latifundistas cuya intención era arrojar a los campesinos de sus tierras o vengarse por acontecimientos de años anteriores” (p. 54).

En esas condiciones, las posibilidades para que la violencia se convierta de un movimiento entre partidos a un movimiento entre clases están suficientemente presentes. Y así la violencia entra en su segundo periodo, en el cual rebasa los estrechos límites de la confrontación partidista: “Durante la lucha resultante los campesinos adquirieron más conciencia como clase y se opusieron a los patrones tradicionales, fueran liberales o conservadores.”<sup>2</sup>

De ese modo, la lucha campesina alcanzaba un nuevo nivel en tanto que al rebasar los marcos antes impuestos por las orientaciones e intereses de los propios partidos, planteaba nuevas exigencias que muy dudosamente el sistema de dominación podía satisfacer. Así el enfrentamiento modificaba sus polos al pasar de la lucha liberales-conservadores a la de campesinos-burguesía y Estado.

Los líderes campesinos ligados a cualquiera de los partidos se convirtieron en líderes genuinamente campesinos que carecían del apoyo terrateniente, estatal o partidario:

muchos de los jefes bandoleros, al politizarse, perdieron la protección del aparato local del partido o de los terratenientes a los que habían servido, haciéndose por lo tanto más vulnerables a la acción represiva del ejército cada vez más moderno y preparado para guerras de contraguerrilla. Así fue como Chispas, Sangrenegra, Desquite, González y muchos otros líderes guerrilleros perecieron entre 1962 y 1966. Dejaron tras ellos vigorosas leyendas como la de Sangrenegra, uno de

<sup>2</sup> G. Huizer, *El potencial revolucionario del campesino en América Latina*, México, Siglo XXI, 1973, p. 236.

los bandidos más sangrientos, reverenciado aún por muchos campesinos del norte del Tolima porque "defendía a los pobres y sólo atacaba a los ricos y mayordomos" (p. 77).

O también la de "Chispas", a quien se le considera responsable de un promedio de dos asesinatos diarios durante un lapso de cinco años.

Sea cual fuere el caso, la historia y la leyenda tejida alrededor de cada uno de los personajes y de la violencia misma, es muy difícil dudar de la naturaleza sangrienta, brutal y sádica de estas luchas del interior de Colombia, así como dudar de esta brutalidad y sadismo como algo que no sea un síntoma de profunda desorganización social, pues "... no sólo se asesina a los campesinos, sino que se violan sus esposas e hijas y se inmolan sus niños" (p. 84).

Pero aún más,

el proceso era todavía más complejo para la mayoría de los hombres. Muchos de ellos eran muy jóvenes y se habían alimentado, podemos decirlo, dentro de la atmósfera de esta cruel carnicería... Eran incapaces de regresar a una vida "normal" y a la sociedad, donde además estaban amenazados por la policía, el ejército y sus antiguos enemigos, dispuestos a la venganza (pp. 68-69).

Así pues, como dice Hobsbawm, no es dudar que toda una generación -y quizás más de una- pueda ser descrita por sus acciones como desquiciados mentales.

Si bien es cierto que "la explicación de este fenómeno no es fácil, pero pertenece quizás a la psiquiatría social" (p. 84), es evidente que la violencia procede de una revolución social frustrada. Esto es lo que puede suceder cuando las tensiones revolucionarias sociales no son disipadas por el pacífico desarrollo económico ni atajadas para crear estructuras nuevas y revolucionarias. Los ejércitos de la muerte, los desarraigados, los mutilados físicos y mentales, son el precio indudable que una sociedad como la colombiana tiene que pagar por este fracaso.

A la conclusión que se puede llegar, sin duda alguna, después de la lectura del libro de Gilhodes, es en el sentido que el libro constituye un aporte muy significativo al análisis de los movimientos campesinos, porque este pequeño, pero interesante trabajo, no sólo significa la elaboración cuidadosa y rigurosa de un cuadro del movimiento campesino colombiano, sino que, además, se forma en un esquema muy sugestivo para nuevos análisis de los movimientos campesinos.

Este último hecho tiene todavía más significación por cuanto las elaboraciones teóricas de los movimientos campesinos en América Latina son, todavía, muy limitados numéricamente. Además de los

trabajos de Quijano (1965), Landsberger, Huizer y Alfonso (1970), Delgado (1972) y algunos otros más, es indiscutible que al nivel teórico-metodológico los aportes han sido muy pocos.

En ese sentido, la lectura del libro de Gilhodes se hace obligatoria para quien se interese por las cuestiones campesinas y, más específicamente, por los movimientos campesinos.

**Antonio Murga Frassinetti**